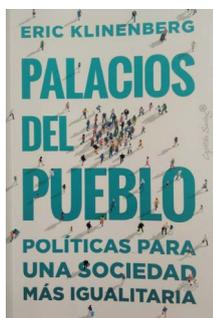


Reseña (Klinenberg, Eric), “Palacios del Pueblo: políticas para una sociedad más igualitaria”, Capitán Swing, ISBN: 978-84-123902-7-8, 293 págs., 2021)

Héctor Gil RodríguezUniversidad de las Islas Baleares (España) ✉ <https://doi.org/10.5209/tekn.82538>

En el verano de 1995, la ciudad de Chicago se vio inmersa en una tremenda ola de calor, con temperaturas que alcanzaron durante seis días hasta los cincuenta y dos grados. El calor tropical produjo la muerte de setecientos treinta y nueve personas. La mayoría de las víctimas vivían aisladas de su propia comunidad, en barrios con un tejido comercial y asociativo muy pobre. En cambio, las menores tasas de mortalidad se concentraban en los distritos que presentaban una mayor vitalidad comunitaria. Cuanto más equipamientos y espacios comunes había, menor era el número de defunciones. En su último libro, *Palacios del Pueblo: políticas para una sociedad más igualitaria*, el profesor Eric Klinenberg sostiene que la presencia de infraestructuras sociales elementales como bibliotecas, parques o escuelas puede potenciar la resiliencia de las comunidades. Nuestro autor define 'infraestructura social' como los espacios y las organizaciones que producen y sostienen las relaciones personales. Hablamos de iglesias, piscinas, terrenos deportivos o huertos comunitarios. Espacios donde personas de muy diferentes procedencias sociales pueden reunirse y pasar el tiempo en actividades de todo tipo. También los negocios minoristas pueden ser elementos importantes de la infraestructura social si favorecen el encuentro entre personas distintas.

A Klinenberg le preocupa la polarización social y política de los Estados Unidos que no es sino un síntoma del derrumbe de la sociedad civil en este país. Desde posiciones progresistas cercanas al republicanismo, apuesta decididamente por reconstruir los cimientos de la vida ciudadana para poder hacer frente a los retos sociales y medioambientales del presente. Necesitamos, considera el autor, un cambio radical en el seno de las democracias occidentales que permita revertir los efectos atomizadores del neoliberalismo. Pero ¿cómo, exactamente, se puede llevar esto a cabo? Según Klinenberg, precisamos de instituciones dotadas de potencia acogedora (como las bibliotecas

o los centros educativos) para recuperar la confianza mutua y el sentido de comunidad. Algunos de los ejemplos que ofrece a lo largo del libro son las guarderías, las piscinas y los parques infantiles. Estos lugares sirven para practicar la democracia a través de la deliberación compartida. En este punto, el profesor norteamericano se destapa como comunitarista: defiende el compromiso moral de los individuos con la sociedad y su implicación en actividades promotoras del bien común. Por eso lamenta que existan hoy tan pocos lugares de encuentro, reproduciendo así un argumento recurrente que autores como Robert Neely Bellah o Hilary Putnam pusieron ya sobre la mesa al denunciar la desintegración del compromiso cívico en la sociedad norteamericana de los años ochenta.

A mi modo de ver, el mayor defecto del libro es su excesivo empirismo. Se trata de un estudio construido sobre un marco conceptual bastante pobre, en el que el autor se limita a consignar una serie de ejemplos de experiencias colectivas exitosas para demostrar su tesis con un bagaje interpretativo, asimismo, sumamente exiguo. *Palacios del Pueblo* contiene solo un breve excurso introductorio donde se sobrevuela el concepto de infraestructura social y sus implicaciones. Abundan, sin embargo, las evidencias sobre la importancia de las asociaciones y los espacios de encuentro comunitario, que ocupan, nada menos, que seis de las ocho secciones del ensayo. Este proceder tedioso, tan habitual en las investigaciones anglosajonas sobre capital social, puede agotar la paciencia del lector y animarle a cerrar el libro.

La tesis de la infraestructura social se sostiene en diversos y coloridos ejemplos de sociabilidad comunitaria que Klinenberg hace desfilar por el texto para convencernos de que el fortalecimiento de la sociedad civil es el mejor remedio contra los nuevos discursos polarizadores de odio. En el trasfondo normativo de este argumento, esgrimido con agotadora contundencia, resuena la influencia intelectual de Alexis de Tocqueville. Como el pensador normando, Klinenberg relaciona la confianza y el compromiso ciudadano con el desarrollo de determinados patrones de conducta pro-sociales. Desde un talante liberal, propone reconstruir el tejido

social para contrarrestar y poner freno al avance de los populismos excluyentes y autoritarios que crecen al calor de la ausencia de solidaridad social, el repliegue identitario y la desconfianza mutua. De persistir estas tendencias, advierte, los trastornos sociales estarán servidos. Una idea que Klinenberg repite de forma variada para grabarla bien como quien clava un clavo.

Nuestro autor parece creer que «todo es posible» si somos capaces de crear instituciones comunitarias que brinden una idea de pertenencia y una red de apoyo en contextos de crisis. Sabemos, sin embargo, que ciertas instituciones (como, por ejemplo, las iglesias) sirven a menudo para magnificar las diferencias sociales y esquivar la diversidad que el mundo actual ofrece. En este sentido, Klinenberg es abrumadoramente optimista. Por ejemplo, en uno de los pasajes del libro, asume sin rubor que el uso sensato de Internet puede acortar las distancias entre individuos polarizados y hacer que en ellos aflore un sentimiento de humanidad compartida. Como se puede ver, el lirismo del autor no tiene tiempo para entretenerse en detalles como el crecimiento de los

discursos de odio, las noticias falsas o la propaganda manipuladora que contaminan a diario las redes.

Lamentablemente, el tono ingenuo y voluntarista de las propuestas de Klinenberg ensombrece el rigor y la originalidad de su estudio. Entre sus medidas favoritas destacan la reducción del tamaño de los centros educativos para favorecer la interacción social o la participación en equipos de deporte organizado o la creación de espacios verdes para reducir la delincuencia. Resulta un plan poco ambicioso teniendo en cuenta los innumerables problemas que afronta hoy una sociedad multirracial y extremadamente desigual como la estadounidense. Ni que decir tiene que el racismo no es una realidad incompatible con la presencia de parques o enclaves abiertos, ni las escuelas pequeñas son espacios exentos de conductas antisociales. En cualquier caso, el tono naif y bienintencionado de este libro no debería oscurecer su gran mérito: alertar sobre la desaparición de los espacios comunes y la consiguiente polarización de las sociedades occidentales. Un asunto con el que nos jugamos el futuro de la democracia.